

Apenas comunicada oficialmente por la Santa Sede la noticia de la próxima beatificación del fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, dio la vuelta al mundo, suscitando a partir de ese momento un eco que todavía dura y durará hasta que tenga lugar la solemne ceremonia romana del próximo 17 de mayo. El profesor José Luis Illanes expone en este trabajo la significación de este acontecimiento en la vida de la Iglesia, y glosa la personalidad del eminente sacerdote español.

LOS CRISTIANOS EN LA HISTORIA

Por José Luis Illanes

Todo cristiano, más aún todo hombre, está llamado a una relación vital con Dios. Ser consciente de ello, asumirlo en la práctica y vivir la personal y concreta existencia con la conciencia de propia dignidad como hombre y como hijo de Dios, eso y no otra cosa es la santidad



¿QUÉ factores explican ese eco y esa resonancia? ¿Son simplemente una consecuencia de la amplia difusión del Opus Dei en numerosos países y entre personas de muy variados estratos sociales? Ese hecho es determinante pero, por sí sólo, no constituye una explicación suficiente. Lo que hay detrás de toda esa resonancia es la percepción, claramente advertida unas veces, confusamente sentida otras, de que nos encontramos ante un verdadero hito histórico, ante una fecha destinada a ocupar un lugar de primer plano entre las efemérides que jalonan los últimos decenios del siglo XX. ¿Por qué es así?, ¿por qué la beatificación, y concretamente esta beatificación, puede tener ese alcance?

Beatificaciones y conciencia católica

Para responder a esos interrogantes, parece oportuno que nos detengamos para reflexionar en lo que significa, en términos generales, una beati-

ficación. Todo católico, e incluso toda persona que, creyente o no, habite en un país de amplia población católica, ha oído hablar de santos, contemplando imágenes que los representan, presenciando procesiones que les rinden reverencia, participado en fiestas organizadas en su honor y, aunque con menos frecuencia, escuchando alusiones a los procesos –beatificación, canonización– que condujeron hace siglos, o conducen en nuestros días, a su conocimiento o proclamación como tales. Para quien se mueva en un ambiente católico la referencia a los santos constituye una realidad habitual, que suscitará, según los casos, entusiasmo, indiferencia o incluso desasosiego, pero que, en todo caso, no sorprende.

Y, sin embargo, no es un fenómeno universal. En un contexto musulmán, budista o hindú cabe encontrar, sin duda, figuras que han suscitado y suscitan veneración, pero nada parecido a lo que es el culto cristiano a los santos. Incluso en un contexto cristiano, ese culto florece en la Iglesia católica y en las Iglesias orientales ortodoxas, pero ocupa un lugar muy pequeño o es inexistente en las confesiones protestantes. No es casual que así

sea, ya que ese culto está en relación con el núcleo central del dogma católico: la convicción de que Dios se ha hecho presente en la historia humana, y ello no sólo en ese momento, decisivo pero ya pasado, de la vida, muerte y resurrección de Cristo Jesús, sino en el hoy y en el ahora, es decir, en todo momento y en todo tiempo. Dios no se aleja de la historia humana, sino que continúa presente en ella y fruto de esa presencia es precisamente la santidad.

La palabra santidad evoca, en el lenguaje corriente, un aura de excelcitud e incluso de excepcionalidad. Hay razones para que así sea, pero conviene subrayar que, en pureza de términos, la palabra santidad significa exactamente lo mismo que condición cristiana. Es un hecho, muchas veces señalado, que en los escritos de San Pablo y, en general, en los documentos cristianos primitivos, la expresión «los santos» significa lo mismo que «los cristianos»¹. La santidad no es en efecto otra cosa, que unión con Dios: esa unión con Dios que anuncia y hace posible el cristianismo. Todo cristiano, más aún todo hombre, está llamado a una relación vital con Dios. Ser consciente de ello, asumirlo en la práctica y vivir la personal y concreta existencia con la conciencia de propia dignidad como hombre y como hijo de Dios, eso y no otra cosa es la santidad.

En este sentido, como resulta obvio, la santidad es una realidad mucho más amplia y dilatada que la connotada por esos actos, y procesos a los que conocemos con los nombres de beatificación y canonización, con los que pasamos del nivel ontológico –lo que unas determinadas vidas han sido real y fácticamente– al público, eclesiológico o social. Toda beatificación, las muchas que han tenido lugar en tiempos y años pasados y la que tendrá lugar el 17 de mayo, nos sitúan ante una realidad fáctica, ante un hecho o, por mejor decir, ante una persona –en este caso Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer– de quien se afirma que objetiva y realmente ha sido fiel al ideal cristiano, encarnándolo en su vida. A la vez, e inseparablemente, ante el reconocimiento de ese hecho, y un reconocimiento solemne, realizado por la comunidad cristiana a través de quienes la representan. Las beatificaciones, en efecto, no son un acto privado, sino un acto de la Iglesia como tal. De ordinario suelen estar precedidas de un periodo en el que la persona o personas a las que se refieren han suscitado admiración e incluso han sido objeto de devoción popular, más o menos extendida según los casos, pero cuando tiene lugar la beatificación –y más aún esa segunda declaración solemne que es la canonización– se da, para la conciencia creyente, un sal-



Con S.S. el Papa
Juan XXIII.

to de calidad: no se está ante la mera convicción privada que algunos –pocos o muchos– pueden tener respecto a la ejemplaridad cristiana de una determinada persona y su comunión con Dios más allá de la muerte, sino ante un juicio de la Iglesia, es decir, de la comunidad cristiana en cuanto tal, y un juicio de dimensiones trascendentes.

Las beatificaciones y canonizaciones implican, en efecto, no sólo una valoración positiva de la vida de una persona, de la que se reconoce que ha plasmado en hechos de vida el mensaje del Evangelio, y a la que se propone, por tanto, como inspiración, modelo o impulso para los demás cristianos, sino además la autorización, o la recomendación –según los casos–, del culto, de la veneración pública, del recurso a su intercesión. La Iglesia católica se considera, en suma, capacitada no sólo para reconocer la calidad cristiana de una vida, sino para asomarse de algún modo más allá de la muerte, hasta vislumbrar que un hombre o una mujer concretos han entrado en la plena intimidad con Dios y puede, por tanto, acudir a su valimiento. De ahí la audacia que implican las beatificaciones y canonizaciones y el choque o el escándalo que

puedan representar para el no creyente. Pero, dejando ese tema, vayamos más bien a lo que antes apuntábamos: a esa distinción entre la dimensión ontológica y la eclesiológica de la santidad, entre la santidad fáctica y su proclamación. Porque el hecho es que a lo largo de la historia ha habido millones de cristianos, y de cristianos no sólo de nombre sino de realidad, y, en ese sentido, millones de santos, pero el número de las beatificaciones y canonizaciones no supera los millares.

¿Por qué la Iglesia, de entre esos millones de hombres y mujeres, procede a proclamar la santidad de algunos en concreto? Esta es la pregunta a la que debemos contestar para expresar con plenitud el sentido de las beatificaciones y canonizaciones y explicar por qué, especialmente algunas de ellas, constituyen hitos históricos, incluso, en ocasiones, de enorme relieve.

La santidad como ideal histórico concreto

Todo intento de esbozar acabadamente los rasgos que definen la conciencia creyente en lo que a las beatificaciones se refiere, evitando la tentación de detenerse en aspectos marginales o periféricos, debe dirigirse su atención al núcleo mismo de la fe cristiana: a esa convicción que la Iglesia tiene de ser, precisamente en cuanto cuerpo social concreto, formado por hombres y mujeres de carne y hueso, no sólo un anuncio sino también una manifestación de la presencia de Dios en la historia. La Iglesia, tal y como ella se entiende a sí misma, no es un simple grupo de creyentes que mantiene vivo a lo largo de los siglos la memoria o recuerdo de Cristo, sino una comunidad que participa de la vida de Cristo y que, en Cristo y por Cristo, tiene acceso a la intimidad con Dios, es decir, a la santidad. Y ello no sólo al fin de los tiempos, sino, al menos incoadadamente, ya en la realidad presente. La Iglesia posee ciertamente, como recordó el Concilio Vaticano II², una dimensión escatológica, es decir, vive de cara a una meta que se alcanzará con plenitud sólo cuando la historia humana haya concluido su curso; pero confiesa a la vez que esa meta se prepara y pregusta en el tiempo. La historia humana no es una historia de pecado que, al final y como a través de un cataclismo, se abrirá a la unión con Dios, sino una historia en la que esa unión se anticipa, y en la que la santidad puede manifestarse, venciendo al pecado.

Hablar de la santidad no es hablar de una aspiración a lo lejano e inaccesible, ni tampoco referir-



se a una dimensión entre otras del vivir de la Iglesia; es hablar de su razón de ser, más aún, de lo que la define y constituye. La Iglesia existe para anunciar a Cristo, mejor, para hacerlo presente en la historia y, de esa forma, no sólo manifestar al hombre la hondura de su misterio y la dignidad de su destino, sino provocar su encuentro vital con Cristo, hacer posible, por decirlo con palabras de la *Redemptor hominis*, que Cristo salga al encuentro de todo hombre para recorrer con ellos el camino de su vida, hasta llevarlos a la plena comunión con Dios, o sea –digámoslo una vez más– a la santidad³. La historia de la Iglesia no es otra cosa, en su substancia última, que la historia de la santidad realizándose en el tiempo. Por eso ha podido decirse que la historia cristiana debería escribirse y estructurarse a partir de la historia de sus santos: los jalones decisivos de la historia de la Iglesia no están constituidos por las grandes gestas cultura-

El hecho es que a lo largo de la historia ha habido millones de cristianos, y de cristianos no sólo de nombre sino de realidad, y, en ese sentido, millones de santos, pero el número de las beatificaciones y canonizaciones no supera los millares



les o por la confrontación con unas u otras civilizaciones, ni tampoco por la construcción de grandes templos o por la celebración de concilios de alcance universal, sino por la real y efectiva promoción de la santidad.

De ahí que entre los momentos en los que la Iglesia va más al fondo de su ser se encuentren precisamente aquellas ocasiones en las que, reflexionando sobre su propio vivir, reconoce que en uno de sus miembros se ha realizado ese misterio de comunión con Dios del que ella vive y al que aspira, es decir, cuando procede a una beatificación o canonización. Toda beatificación implica en efecto proclamar el don de Dios, la posibilidad de unión con él, y hacerlo de la manera más viva y eficaz: hablando no de forma genérica, sino concreta, referida a hombres y mujeres singulares, en los que hubo limitaciones y defectos, pero en los que, sobre esos defectos, triunfó el poder de Dios. Cada

vez que la Iglesia beatifica o canoniza a un santo realiza, en suma, un acto de fe en la presencia de Cristo, en la historia humana, y reafirma que ella misma, en cuando Iglesia de Cristo, es instrumento de santidad, e instrumento que realmente santifica, que real y verdaderamente da a conocer a los hombres la dignidad de su destino y les comunica la fuerza que permite vivir concordemente con esa dignidad.

Pero si cuanto acabamos de decir manifiesta la honda conexión que las canonizaciones tienen con el conjunto de la vida de la Iglesia, no agota sin embargo la realidad. Es necesario evocar otro dato que completa el anterior y termina de precisar los contornos de la conciencia cristiana. Las beatificaciones y canonizaciones implican, en efecto, no sólo reconocer la hondura cristiana de una determinada vida, sino además –ya lo decíamos antes– presentar a quien vivió esa vida como modelo,

Los jalones decisivos de la historia de la Iglesia no están constituidos por las grandes gestas culturales o por la confrontación con unas u otras civilizaciones, ni tampoco por la construcción de grandes templos o por la celebración de concilios de alcance universal, sino por la real y efectiva promoción de la santidad

Cielo y tierra no constituyen, para la conciencia católica, dos universos heterogéneos, aislados entre sí, sino dos segmentos de una misma realidad

Las beatificaciones y canonizaciones, al proclamar la santidad de una determinada persona y autorizar el culto y el recurso a su intercesión, dan, en suma, un rostro concreto a la comunión de los santos, facilitando así su plasmación vital y efectiva

más aún como intercesor, como alguien a quien puede acudir confiando en su valimiento ante Dios. En otras palabras, las beatificaciones y canonizaciones están relacionadas con un dogma decisivo en orden a determinar la comprensión de la historia que ofrece el cristianismo: el dogma de la comunión de los santos, es decir, la conciencia que la Iglesia tiene de estar en comunión también con las generaciones que nos han precedido. La historia es un proceso, mejor, una aventura; y de esa aventura somos protagonistas no sólo los hombres que hoy y ahora poblamos la tierra sino la totalidad de los que han vivido. El destino de cada persona no termina con su muerte, sino que se prolonga en el más allá, ya que la muerte interrumpe ciertamente un modo de existir, pero no el existir en cuanto tal. Más aún, quienes mueren no entran en un cielo empíreo, alejado de los avatares del vivir terrestre, sino que continúan interesados en nuestra historia y vinculados a ella.

Estamos de nuevo ante una de las afirmaciones más provocativas, pero también más importantes, de la fe cristiana. Hace ya algunos decenios un gran exégeta alemán, Erik Peterson, escribió una obra a la que puso por título *El libro de los ángeles*⁴; en ella venía a decir que sólo quienes captan de modo vivo la importancia y el papel de los ángeles han comenzado a tener una conciencia verdaderamente católica. Lo mismo cabe decir respecto a los santos: sólo quien sienta y viva la comunión con los santos ha percibido con hondura la radicalidad con que el dogma católico afirma la dignidad de la persona humana, su trascendencia sobre lo efímero y su apertura a la eternidad. La humanidad, esa humanidad de la que formamos parte y de la que intuimos o confesamos que tiene un común destino, es mucho más que el conjunto de hombres que hoy y ahora vivimos sobre la superficie del globo terráqueo; las generaciones pasadas perviven no sólo en las obras que dejaron, ni sólo en el recuerdo, sino en su concreta realidad y compartiendo nuestro destino. Cielo y tierra no constituyen, para la conciencia católica, dos universos heterogéneos, aislados entre sí, sino dos segmentos de una misma realidad. La Iglesia de los cielos y la Iglesia de la tierra –la Iglesia triunfante y la Iglesia peregrina o militante, según la terminología clásica– no son dos Iglesias, sino dos estratos o niveles de la única Iglesia, ambos en íntima conexión, aunque la acción de uno de ellos –la Iglesia celeste– no pueda ser para nosotros objeto de experiencia, sino sólo de fe.

Por eso no sólo los pastores y los reyes, sino también los ángeles, se hicieron presentes en Belén, Y por eso, desde los inicios, la oración cris-

tiana ha tendido a expresarse, de modo espontáneo, incluyendo en su dinámica o movimiento interior la referencia a los santos y el recurso a su intercesión. Un análisis histórico permitiría mostrar cómo la Iglesia primitiva se consideraba apostólica no sólo porque se sabía en continuidad con la predicación de los primeros seguidores de Jesús, sino también porque tenía la convicción de que Pedro y Pablo, Juan y Andrés y todos los demás Apóstoles seguían vivos y presentes en ella. O también cómo, en la época de las persecuciones, los mártires, que habían refrendado la fe con la entrega de sus vidas, eran sentidos como seres cercanos, cuyo recuerdo y cuya intercesión ayudaba a afrontar las propias y personales dificultades. Las posteriores beatificaciones y canonizaciones no hacen sino prolongar esa tradición.

Aquí, como antes –y vale la pena subrayarlo– encontramos una tendencia a la personalización, hondamente connatural con el sentido de fraternidad que caracteriza al vivir cristiano. Cada vez, en efecto, que la Iglesia procede a una beatificación o canonización, al fijar su atención en un hombre o una mujer determinados y proclamar que puede confiarse en que viven con la vida de Dios, no sólo recuerda a la comunidad cristiana su dimensión trascendente sino que pone de manifiesto que el conjunto de los santos no constituye una muchedumbre informe y anónima, de la que cabe hablar sólo en términos genéricos e indefinidos, sino una familia, formada por hombres y mujeres concretos, a los que cabe designar por su nombre y con los que puede entablarse una relación interpersonal. Las beatificaciones y canonizaciones, al proclamar la santidad de una determinada persona y autorizar el culto y el recurso a su intercesión, dan, en suma, un rostro concreto a la comunión de los santos, facilitando así su plasmación vital y efectiva⁵.

La santidad en la historia

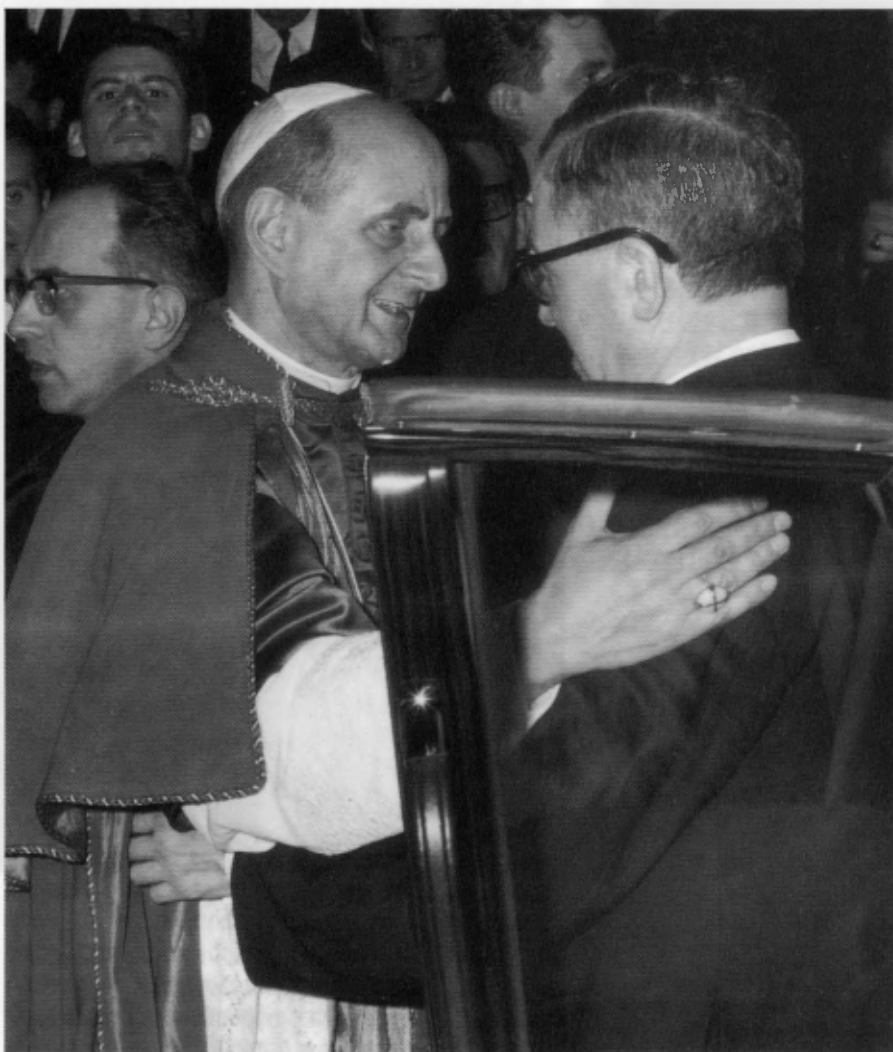
«La Iglesia, que es un organismo vivo, demuestra su vitalidad con el movimiento inmanente que la anima. Este movimiento es, muchas veces, algo más que mera adaptación al ambiente: es una intromisión en él con ánimo positivo y señorial. La Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, no transita por este mundo como a través de una carrera de obstáculos, para ver cómo puede esquivarlos o para seguir los meandros abiertos según la línea de menor resistencia, sino que, por el contrario,

camina sobre la tierra con paso firme y seguro, abriendo Ella misma camino». Estas palabras, contenidas en una conferencia que Mons. Escrivá de Balaguer pronunció en 1947, y en las que se refleja la clara conciencia que el Fundador del Opus Dei tuvo siempre tanto de la vitalidad de la Iglesia como de la conexión entre vida cristiana y mundo, nos permiten dar un paso adelante, ya que los santos –y en especial algunos– son una de esas «intromisiones» del Espíritu Santo de las que el texto recién citado acaba de hablarnos.

Se ha dicho, en más de una ocasión, que los santos son dones de Dios a su Iglesia, dones mediante los que Dios impulsa el caminar de la Iglesia, recordando, a través de ellos, unos u otros aspectos del Evangelio. Ni que decir tiene que hablar de don de Dios, en este caso, implica referirse no sólo a una iniciativa divina, sino también a una realidad humana: la vida del santo, sus afanes, su reacción ante cuanto le rodeó, la tarea o misión que marcó o incluso definió su existencia. El don de Dios radica y se expresa en y a través del santo mismo, en su persona y en su obra, en el conjunto de su existir y en el modo cómo, en ese existir concreto, asumió y vivió el Evangelio, mostrando su capacidad para informar situaciones nuevas y para abrir perspectivas de futuro.

El joven alejandrino que, a principios del siglo IV, se retiró al desierto de Egipto y llegó a merecer el nombre de San Antonio Abad, con su decisión y su estilo de vida, dio forma definitiva a una experiencia espiritual que, al consolidarse precisamente cuando la Iglesia comenzaba a conocer la paz después del dilatado período de las persecuciones, contribuyó a recordar la necesidad de un hondo sentido de lo divino, suscitando un movimiento que ha marcado durante largos siglos la historia cristiana. Francisco de Asís, en el momento de esplendor de la Italia medieval, y en un mundo que se debatía entre un fuerte desarrollo del comercio y del arte y una crítica social que amenazaba con destruir no sólo la Iglesia sino también la cultura, trazó un camino en el que el radicalismo evangélico se unió armoniosamente con el sentido de la belleza y el aprecio a lo humano. Tomás de Aquino, en una encrucijada intelectual en la que un nuevo modo de entender la ciencia ponía en discusión los saberes recibidos, se lanzó audazmente a la busca de una síntesis que, superando antinomias, hizo posible una renovada manifestación de la vitalidad, también en lo especulativo, de la fe cristiana.

En todos esos casos, y en otros muchos que pudieran citarse, la santidad de los protagonistas, y el posterior reconocimiento de esa santidad por parte de la comunidad cristiana incidieron poderosamente

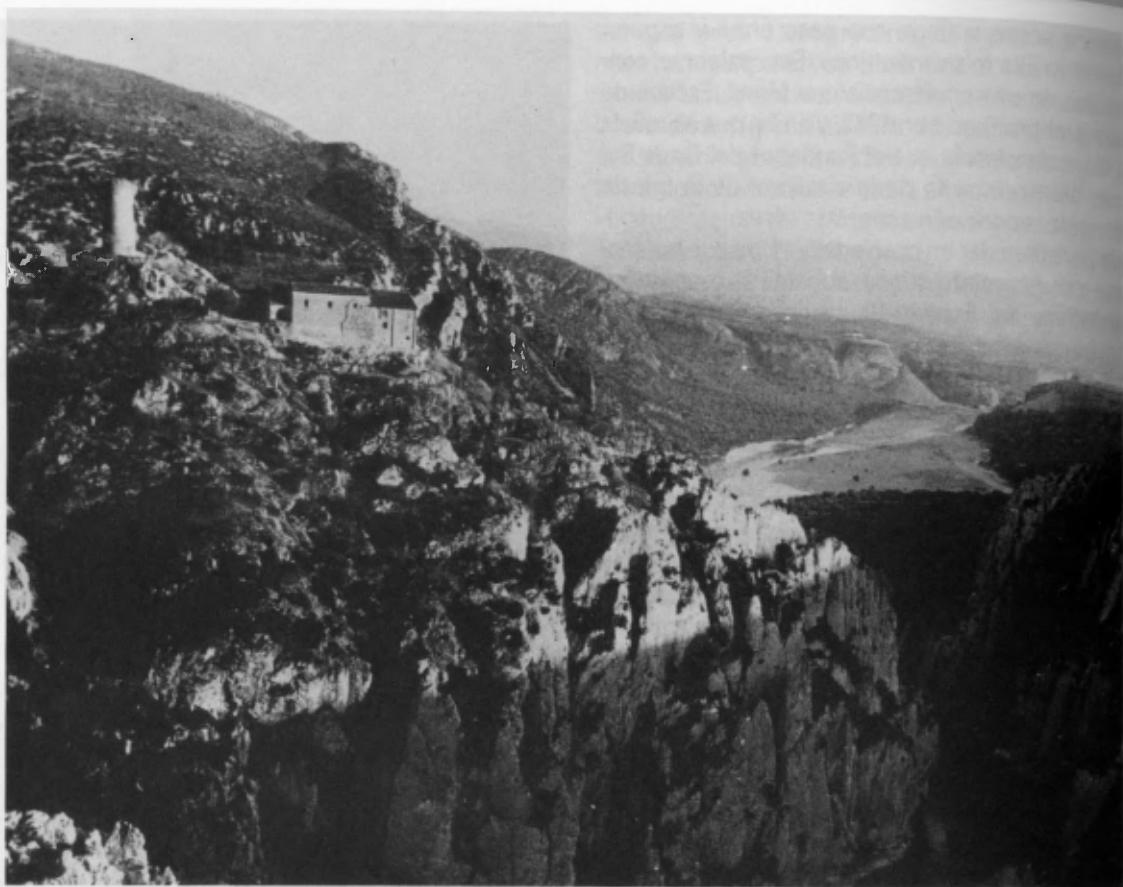


samente en la historia. Sus respectivas canonizaciones no implicaron, ciertamente, ni una sanción a la totalidad de sus acciones ni la atribución de un carácter absolutamente normativo a sus figuras –se puede ser cristiano sin inspirarse en Francisco de Asís o sin comprometerse con la teología de Tomás de Aquino–, pero sí mostraron que el temple de alma que manifestaron y el camino que trazaron eran un temple y un camino que un cristiano podía, con segura conciencia, hacer suyos, y, de ese modo, potenciaron la fuerza que de ellos emanaba o, al menos, facilitaron su irradiación, como documenta ampliamente la historia, en los casos antes citados, y en otros muchos más.

Las beatificaciones o canonizaciones tienen por objeto directo una persona y, más concretamente, su relación con Dios, connotan no obstante –no puede ser de otra manera– lo que esa persona ha vivido, lo que aspiró a realizar, la tarea o empresa

*Con S.S. el
Papa Pablo VI.
Roma, 21-XI-1965.*

Antigua ermita de Torreciudad.
Año 1904.



El don de Dios radica y se expresa en y a través del santo mismo, en su persona y en su obra, en el conjunto de su existir y en el modo cómo, en ese existir concreto, asumió y vivió el Evangelio

que marcó y en ocasiones incluso definió su existencia. Son, desde esta perspectiva, actos por los que la Iglesia reconoce el don que Dios, a través de cada santo concreto le hace, y, en consecuencia, lo recibe, se lo apropia y toma de él fuerza y empuje para su vida y para su acción. Constituyen pues, en mayor o menor medida según los casos, decisiones mediante las cuales la Iglesia orienta su curso histórico, hitos que jalonan vida, expresando la conciencia que tiene de sí y proyectándola hacia el futuro⁶. Por eso dicen referencia, en cuanto tales canonizaciones, no sólo a las crónicas piadosas, sino a las realidades que configuran el surco que el cristianismo abre en la historia humana.

La figura y la misión de Josemaría Escrivá de Balaguer

Llega ya el momento de dirigir directamente la mirada a la personalidad que ha motivado estas reflexiones –Josemaría Escrivá de Balaguer– y de

responder a la pregunta que formulábamos al principio: ¿por qué el anuncio de su próxima beatificación ha suscitado un amplio eco, provocando el manifestarse de múltiples y variadas opiniones? Como ya insinuábamos al principio, la respuesta –que ahora estamos en condiciones de comprender mejor– es, a nuestro juicio, clara: ese eco es el reflejo de una conciencia social, clara o difusa según los casos, sobre la importancia de su figura y de su mensaje, y en consecuencia sobre la repercusión histórica que está destinada a tener su beatificación.

Ahora bien, ¿en qué consiste, dónde radica esa importancia de la figura y del mensaje de Mons. Escrivá de Balaguer?, ¿cuál es su aportación fundamental al vivir de la Iglesia y del mundo? Todo intento de responder a estas preguntas nos remite a una fecha clave: el 2 de octubre de 1928. Unos diez años antes, siendo un joven estudiante de bachillerato, había sentido una honda inquietud espiritual. Con ojos de fe, esa inquietud se transformó en una convicción acompañada de un interrogante que, de momento, no encontraba respuesta: «Dios quiere algo de mí, pero ¿qué?». En

esa tesitura, y a fin de mantenerse disponible para cualquier actividad futura, decidió hacerse sacerdote. Recibió la ordenación en 1925. En 1927 se trasladó a Madrid. Y fue allí, durante la jornada del 2 de octubre de 1928, cuando comprendió cuál era la meta que iba a dotar de sentido a su vida⁷.

En pocas palabras, podemos resumir lo acontecido ese día diciendo que percibió con claridad que debía consagrar su existencia a proclamar la llamada universal a la santidad, a provocar entre cristianos de las más variadas profesiones y condiciones sociales una eficaz toma de conciencia del don y la llamada que implica la fe cristiana. Conviene precisar que percibió esta verdad no de modo abstracto, sino en concreto: lo que *vio* el 2 de octubre de 1928 –*ver* era el verbo que solía emplear– no fue una proposición intelectual, que se imponía como derivada del Evangelio, sino más bien una muchedumbre de cristianos, conscientes de su fe, es decir, de su condición de hijos de Dios y viviendo con conciencia de hijos de Dios la totalidad de sus vidas, también sus tareas y ocupaciones profesionales. Comprendió, en suma, que debía dedicar todas sus energías no tanto –no sólo– a predicar una doctrina, sino más bien a promover entre los cristianos a los que pudiera alcanzar su labor sacerdotal un hondo proceso de profundización en la fe, de manera que ésta dejara de ser rutinaria para convertirse en vital, de modo que esos cristianos, conscientes de sí, se esforzaran por santificar sus propias vidas, a la par que, con su ejemplo y su palabra, abrirían horizontes espirituales a quienes le rodearan extendiendo así, como se extiende una mancha de aceite, la fuerza vivificadora de la fe cristiana.

Desde el primer momento, es decir, desde el 2 de octubre de 1928, se mezclaron en el interior de Mons. Escrivá de Balaguer sentimientos de admiración, de maravilla, de responsabilidad. Porque advirtió enseguida que cuanto Dios le pedía no era un quehacer de poca monta, sino un empeño que, sumándose a otros que pudiera suscitar el Espíritu Santo, estaba destinado a contribuir eficazmente a una revitalización de la Iglesia y, de esa forma, a una difusión por todo el mundo del espíritu cristiano.

Si se leen los textos más antiguos del Fundador del Opus Dei llaman, en efecto, la atención dos afirmaciones aparentemente contrapuestas, pero que, en realidad, se complementan la una a la otra. Encontramos, de una parte, declaraciones netas acerca del carácter sobrenatural, carismático, de la luz percibida el 2 de octubre y, en consecuencia, acerca de su trascendencia respecto a las circunstancias históricas o ambientales. «La Obra de Dios

–escribe, por ejemplo, en un texto fechado el 19 de marzo de 1934– no la ha imaginado un hombre»; «no somos –añade poco después– una organización circunstancial (...). Ni venimos a llenar una necesidad particular de un país o de un tiempo determinados»⁸. Fue Josemaría Escrivá de Balaguer, ya desde su juventud, hombre de fina sensibilidad y de ojos abiertos, en el que encontraban eco los sucesos que le eran contemporáneos, y de ello dejan constancia sus compañeros de seminario o de sacerdocio que recuerdan cómo en su conversación se dejaban traslucir inquietudes, afanes, preocupaciones. Pero las declaraciones del propio Mons. Escrivá fueron siempre formales y tajantes: la experiencia del 2 de octubre de 1928, y el Opus Dei que entonces nació, no son la prolongación o culminación de ideas y reflexiones personales, sino el fruto de una luz que trascendía circunstancias de lugar y de tiempo; y así, por lo demás, lo confirma la investigación histórica⁹.

De otra parte, los textos documentan, con igual claridad, una clara conciencia acerca de la honda repercusión que la luz percibida el 2 de octubre estaba destinada a tener en la historia de los hombres. En ese mismo escrito de 1934 habla, refiriéndose a la situación general de aquél tiempo, de «cataclismo mundial», para añadir, inmediatamente después: «la enfermedad es extraordinaria, y extraordinaria es también la medicina. Somos una inyección intravenosa, puesta en el torrente circulatorio de la sociedad»¹⁰. La luz que brilló en su interior el 2 de octubre de 1928, y el Opus Dei que de ahí proviene, no derivan de una reflexión sobre la Iglesia, sobre la historia o sobre la cultura, sino de un carisma o don de Dios, pero esa luz que Dios le comunicaba, aunque trascendiera las circunstancias inmediatas, no era una luz que se situaba al margen de la historia y del acontecer humanos, no era una luz que afectara a una vida espiritual desconectada de la realidad, sino una luz que aspiraba a incidir en el núcleo mismo de la vida del hombre –es decir, en la conciencia de misión y de destino–, por tanto, debía y podía repercutir en ese entrecruzarse de vidas singulares que es la historia universal.

En la encrucijada contemporánea

Hay en nuestros días una aguda conciencia de crisis; más exactamente, de cambio histórico radical, de tránsito de una a otra época. Juan Pablo II gusta de aludir a la cercanía del tercer

Comprendió que debía dedicar todas sus energías no tanto -no sólo- a predicar una doctrina, sino más bien a promover entre los cristianos a los que pudiera alcanzar su labor sacerdotal un hondo proceso de profundización en la fe, de manera que ésta dejara de ser rutinaria para convertirse en vital

La luz que brilló en su interior el 2 de octubre de 1928, y el Opus Dei que de ahí proviene, no derivan de una reflexión sobre la Iglesia, sobre la historia o sobre la cultura, sino de un carisma o don de Dios

milenio, dando un valor simbólico a esa modificación en los güarismos con los que designamos a los años y a los siglos. Se ha hablado ya mucho, y se continúa todavía hablando, de fin de la modernidad y de entrada en los tiempos post-modernos. Algunos, no sin cierta ingenuidad de cuño hegeliano, han tomado pie de la caída del muro de Berlín y de los demás acontecimientos de 1989 para proclamar el fin de la historia. Los sucesos acaecidos en el este de Europa y la crisis del «socialismo real» constituyen, sin duda alguna, un evento de extraordinaria importancia. No obstante, centrar la atención sólo en ese hecho equivaldría a cerrar ante las dimensiones profundas de la presente encrucijada cultural: las raíces de la crisis experimentada en el oriente europeo vienen de lejos y afectan a estratos de nuestra propia cultura, pues, a fin de cuentas, el oriente y el occidente de Europa tienen en común amplias facetas de una misma historia. Las afirmaciones de Juan Pablo II y los análisis sobre el periplo de la modernidad van, en este sentido, más al fondo del problema

Sin entrar en todas las perspectivas que esas consideraciones abren, quizá pueda describirse –con la aproximación, claro está, con que puede intentarse toda caracterización histórica– la encrucijada cultural contemporánea haciendo referencia a un doble proceso o, hablando con mayor precisión, a dos posibles interpretaciones o desenlaces de un proceso único: el proceso de desarrollo científico y técnico que ha tenido lugar en occidente, durante los últimos siglos, y que desde occidente se ha extendido al resto de la humanidad, incorporándola en uno u otro grado a su dinámica. ¿A dónde conduce ese proceso?, ¿qué implicaciones tiene en orden a la comprensión que el hombre tiene –o tendrá– de sí mismo?, ¿qué repercusiones está destinadas a tener respecto a la vivencia religiosa, y, en concreto, a la fe cristiana?, ¿cómo puede y debe pensarse la humanidad del futuro? En términos más concretos, y haciendo referencia a esas dos interpretaciones a las que hace un momento aludíamos: ¿ese proceso, al afirmar el dominio del hombre sobre la tierra, conduce –como algunos han afirmado– a una cultura tendencialmente entre atea y laicista, o se abre, por el contrario, a una actitud creyente, reclamando una renovada vitalidad de la fe?

El debate no es, huelga decirlo, meramente teórico, sino vital. Más aún no se decide sólo a nivel de las ideas, sino de las realidades concretas, es decir, no sólo al nivel de la comprensión del trabajo, sino al de su vivencia real y efectiva.

Aquí incide frontalmente la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer y su mensaje sobre la santificación del trabajo y del conjunto de las realidades humanas, como subraya el decreto con el que la Congregación vaticana para las causas de los santos deja constancia de la hondura, hercicidad, con que vivió las virtudes cristianas. El mensaje sobre la santificación en y desde las realidades terrenas difundido por el Fundador del Opus Dei –afirma el decreto–, estando por su propia naturaleza destinado a perdurar «por encima de las vicisitudes históricas», se muestra al mismo tiempo «providencialmente actual para la situación espiritual de nuestra época»; porque –añade, explicitando la razón de ese juicio–, «en los tiempos presentes, a la vez que se exaltan los valores humanos, también se advierte una fuerte inclinación hacia una visión inmanente del mundo, entendido como algo separado de Dios. Y ese mensaje invita a los cristianos a buscar la unión con Dios a través del trabajo diario, que constituye una obligación y una fuente perenne de dignidad del hombre en la tierra»¹¹.

Unidad de vida

Al afirmar la santificación del trabajo y del conjunto de las circunstancias del vivir ordinario se excluye, en efecto, toda ruptura entre fe y vida. Dios no sale al encuentro del hombre sólo en algunos momentos sacrales, sino en todo instante y en todo lugar. A Dios no se le encuentra al margen de lo humano, sino en lo humano, contemplándolo y describiéndolo con los ojos de la fe, ya que «hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir»¹². No hay pues lugar para una doble vida –la devocional o cristiana de una parte, y la histórica o humana de otra–, ni tampoco para una mera coordinación o yuxtaposición de planos, puesto que la relación entre el hombre y Dios se establece en el centro del alma, en el núcleo de la personalidad y debe redundar por tanto en la totalidad de la existencia: «hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»¹³.

El mensaje proclamado por Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer entra de lleno en los problemas que definen la situación cultural contemporánea, entroncando con los afanes más caracte-

Al afirmar la santificación del trabajo y del conjunto de las circunstancias del vivir ordinario se excluye, en efecto, toda ruptura entre fe y vida. Dios no sale al encuentro del hombre sólo en algunos momentos sacrales, sino en todo instante y en todo lugar

risticos de la Iglesia de nuestros días. Se ha señalado con frecuencia la sintonía que existe entre la predicación del Fundador del Opus Dei y las declaraciones del Concilio Vaticano II sobre la llamada universal a la santidad, que los escritos y la acción pastoral de Mons. Escrivá contribuyeron poderosamente a preparar¹⁴. A decir verdad la sintonía se da no sólo en ese punto, sino, más radicalmente, respecto a la intención del fondo del Concilio, es decir, a la decisión –que se expresaba ya en los documentos con que lo convocó Juan XXIII y se reafirmó a lo largo de las sesiones conciliares– de promover una renovación en profundidad de la vida cristiana. La Iglesia que el Concilio Vaticano II presupone, y la que se expresa en sus documentos, es una Iglesia que se sabe enviada por Dios al mundo y que, considerando que puede darse por clausurado el período de confrontación y de defensa que caracterizó al siglo XIX, decide relanzar su tarea evangelizadora. Una Iglesia, en suma, ajena a posturas involucionistas, y abierta sin reticencias al diálogo con la mentalidad y la cultura contemporáneas, pero

convencida a la vez de que no puede ni debe aceptar ningún intento de reducirla al «recinto de lo sagrado», porque el mensaje del que ha sido constituida depositaria es un mensaje que afecta a todo el hombre, ya que le desvela y manifiesta su destino, y debe por tanto redundar en todo el conjunto de la vida humana.

En ese entrecruzarse de fe y cultura, de comprensión cristiana del hombre y experiencia humana, radica, sin duda, uno de los núcleos fundamentales de nuestra coyuntura histórica. Y, al mismo tiempo, uno de los componentes esenciales del mensaje de Mons. Escrivá de Balaguer, que dedicó su vida precisamente a proclamar la conexión entre lo cristiano y lo humano, a manifestar –por decirlo con sus propias palabras– que, con Cristo, «se han hecho divinos los caminos humanos de la tierra». Esta es una de las razones, y no la más pequeña, que dota de singular relieve a su beatificación. ■

José Luis Illanes es decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

Se ha señalado con frecuencia la sintonía que existe entre la predicación del Fundador del Opus Dei y las declaraciones del Concilio Vaticano II sobre la llamada universal a la santidad que los escritos y la acción pastoral de Mons. Escrivá contribuyeron poderosamente a preparar

¹ Este hecho constituye casi un lugar común en los comentarios exegéticos; nos limitamos por eso a remitir a los datos y la bibliografía que ofrecemos en nuestra obra *Mundo y santidad*, Madrid, 1984, pp. 22 ss.

² Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dog. *Lumen gentium*, n. 48.

³ Cfr. JUAN PABLO II, Enc., *Redemptor hominis*, nn. 12-13

⁴ Hay traducción castellana publicada por Ediciones Rialp (colección Patmos), Madrid, 1957.

⁵ Esta pluralidad de facetas que, según la conciencia cristiana connota toda beatificación, es decir, esa íntima conexión que existe entre las beatificaciones o canonizaciones y el núcleo mismo de la vivencia cristiana, explica la importancia que la Iglesia ha concedido siempre a esos procesos, y, más concretamente, la reforma de la legislación que tuvo lugar en 1969 y 1983 para hacer posible una más rápida tramitación. Esa reforma es no sólo un fruto de posibilidades que trae consigo la época de la rapidez en las comunicaciones y de la informática, sino, más profundamente, la prolongación connatural de una de las intenciones de fondo de lo que constituye sin duda el acontecimiento más importante de la Iglesia del siglo XX: el Concilio Vaticano II. Un Concilio que quiso promover una renovación de toda la vida cristiana y que proclamó en consecuencia la llamada universal a la santidad, no podía por menos de llevar a pensar en la conveniencia de proponer a los hombres y mujeres de hoy modelos de santidad actuales, cortando así de raíz con el testimonio de los hechos, toda tendencia a una presentación mediocre o conformista del ideal cristiano y todo planteamiento que induzca a pensar que la santidad, la grandeza de alma, el heroísmo son actitudes que pertenecen a épocas pasadas, que no pueden aclimatarse en una civilización pragmática y secularizada como es la nuestra

⁶ Las canonizaciones tienen por eso, como ya apuntábamos en la nota anterior, una gran importancia pastoral. Quizá ningún documento lo haya expresado con tanta claridad como la Exhortación apostólica *Christifideles laici*, publicada por Juan Pablo II después del Sínodo de obispos que, en 1987, se ocupó de la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. La intención fundamental de ese Sínodo de 1987 fue, sin duda, reiterar una de las afirmaciones centrales del Vaticano II:

que todo cristiano y, fin de cuentas, todo hombre, debe saberse dotado de vocación, de destino. De ahí brotaron dos recomendaciones que hizo suyas la posterior Exhortación apostólica: que se impulsaran aquellos procesos de beatificación que pudieran contribuir a hacer que los laicos o cristianos corrientes fueran conscientes de su misión; que se procurara que las Iglesias jóvenes –es decir, las surgidas como fruto de la acción misionera de los últimos siglos en África y de Asia– sintieran la ilusión porque se beatifique y canonicen a personas nacidas en su seno (JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici* n. 17). Ambas recomendaciones nacen, como es fácil advertirlo, de una misma preocupación de fondo y ambas confluyen en una misma línea de actuación: la que había llevado algunos años antes a modificar la legislación sobre los procesos de beatificación para hacerlos más ágiles y permitir que puedan ser proclamados santos hombres y mujeres que hayan conocido situaciones y avatares parecidos a los presentes.

⁷ Sobre estos y otros hechos puede consultarse alguna de las biografías: Bernal, Gondrand, Vázquez de Prada, Berglar, Sastre.

⁸ *Instrucción del 19-III-1934*, nn. 6, 14 y 15.

⁹ De este tema, y en general del 2 de octubre de 1928, me he ocupado en el escrito *Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1985, pp. 65-107.

¹⁰ *Instrucción del 19-III-1934*, nn. 41-42.

¹¹ CONGREGACIÓN PARA LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, *Decreto sobre las virtudes heroicas del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer*, Roma, 9-IV-1990; puede verse en «Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei», 10 (1990) pp. 22 y ss.

¹² *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1969, n. 114.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Los testimonios en este sentido son numerosos; limitémonos a alegar el de uno de los protagonistas principales del Concilio, el Cardenal Franz König: *Un proyecto de renovación en el corazón del mundo contemporáneo*, en «L'Osservatore Romano», 23-VI-1985, (recogido en *Así le vieron. Testimonios sobre Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1992, pp. 121 y ss).